

**Cuentos variopintos,
como tirando a de todo un poco**
Diecisiete relatos breves

Jaime Alonso

CONTENIDO

TENGO UNA PREGUNTA

MANAGEMENT CAPABILITIES & ASSOCIATES

LA FASE FINAL

LA EJECUCIÓN

SANTA APOLONIA

ME HAN ROBADO EL LOBO FERROZ

ALFIO EN SU CUEVA

LOS PREJUBILATAS

EL VIAJERO

PAÑUELOS DE PAPEL

LA MAESTRINA

PROHIBIDO TOCAR

DESIDERIO DEMANDA A SU QUERIDO PRIMO

LA MANZANA DE ORO

EL JOVEN SANDRO, QUE TANTO ADMIRA A MAESTRO

EL PLANO INCLINADO

PLUMA DE GANSO

TENGO UNA PREGUNTA

Veinte de las personas que entrevistaban al candidato a presidente del gobierno estaban, a la vez, jugando al bingo. La entrevista tenía lugar en un estudio de televisión, en cuyo centro se encontraban en pie el entrevistado y el moderador y, frente a ellos, sentados en semicírculo en varias gradas, cien personas. Cada una de ellas tenía ante sí una pequeña pantalla de ordenador que mostraba lo que se estaba retransmitiendo en directo. Los asistentes habían sido elegidos por la cadena como representativos de diferentes estamentos de la sociedad y de ellos se esperaba que realizaran las preguntas que al candidato realizaría cualquier hombre de la calle. No se descartaban las réplicas espontáneas que otorgasen la mayor naturalidad a la sesión.

Veinte de esos entrevistadores, jugaban, además a un bingo pirata. Sus pantallas parecían partidas en dos: la parte derecha, era la misma que la de los invitados inocentes; la parte izquierda mostraba, sin embargo, un rectángulo con 20 casillas dispuestas en cinco filas y cuatro columnas. En las casillas no había números, sino palabras. En el cartón electrónico de Eutimio se habían tachado varias de esas palabras, puesto que ya habían sido pronunciadas por el político, y su situación de juego era:

Capitalización	Global	Priorizaciones	Ontología	Contextualización
Dinámica	Agentes	Network	Compromiso	Paradigma
Proactivos	Online	Gobernabilidad	Activar	Negociación
Cómplices	Euribor	Flexibilización	Mercados	Química

Cada vez que el candidato utilizaba una palabra de las reflejadas en el cartón electrónico, la casilla se tachaba automáticamente. Se otorgaban premios a la primera *línea* completada al tachar las cinco casillas de una fila horizontal, así como al *bingo*, al primero que completase todas las casillas. A Eutimio solo le faltaba una palabra para conseguir *línea*. La palabra era *proactivos*.

El premio por completar una fila y cantar *línea* era de unos miles de euros, muy útiles para costear un cercano viaje de novios; el premio por completar todas las casillas y cantar *bingo* era mayor y permitía pagar unos metros cuadrados de un piso.

Eutimio levantó la vista de la pantalla para escuchar la pregunta de un compañero:

—Todo indica que nos acercamos a un cambio de época en la sociedad, y tras este cambio habrá que actuar de otra manera, pero seguro que alguna institución o persona ya prácticamente representa los nuevos valores ¿Usted, como gobernante en ejercicio que busca la reelección, ve a alguien de quien podamos decir «este es el» —hizo un gesto de duda— «...modelo que representa la nueva época»?

Eutimio se dio cuenta de que su compañero buscaba que el político pronunciase alguna palabra específica, pero no sabía cuál. Había dos vocablos cuyo significado solo intuía: *paradigma* y *ontología*. Este último era del

género femenino, mientras que *paradigma* probablemente lo era del masculino, como la pista sugería.

Les habían dicho los organizadores del bingo oculto que el juego se componía de sesenta palabras: cada una de ellas figuraba escrita en, al menos, un cartón. El candidato ya había pronunciado trece de las veinte palabras del cartón electrónico de Eutimio, a quien le faltaba solo tachar una para completar línea. Podía razonablemente suponer que habría más jugadores a la caza de un acierto, lo que demostraba su contrincante al propiciar que se dijera *paradigma*. Eutimio tenía que hacer algo para que no se pronunciara el término fatal, pero no estaba previsto que unos asistentes añadieran preguntas a las de otros, aunque los comentarios espontáneos eran tolerados.

—Buena pregunta, yo la ampliaría, si el candidato nos pudiese dar varios ejemplos de gente que ya actúa de acuerdo a los moldes de la nueva época, creo que eso nos sería muy útil a todos, ¿verdad? —finalizó haciendo un gesto hacia los asistentes.

—Se me ocurren varios casos, digamos tres —empezó a contestar el político— son ejemplos desde el mundo de la ciencia, del deporte, y también de la política, que podrían constituirse en paradigmas de la nueva época.

Las reglas del juego que les habían explicado al reunirlos en la sala de maquillaje establecían que ningún interviniente podía utilizar la palabra de la casilla, mientras que el ponente la tenía que pronunciar exactamente. Por tanto, como el candidato había utilizado *paradigmas*, al haberlo hecho en plural, no era la palabra exacta buscada y el interviniente no pudo ver cómo su casilla se tachaba. Eutimio había conseguido de momento evitar que otro cantase *línea* antes que él, pero el político aun tenía que completar la respuesta, y mientras tanto el interviniente inicial intentó reconducir la cuestión a su tratamiento en singular.

—¿Nos puede dar su opinión caso a caso? ¿Qué deportista, qué científico y qué político serían el ejemplo o modelo, o como lo quiera llamar, y por qué?

—Antes de ir al detalle permítame hacer un breve ejercicio de

contextualización, puesto que los paradigmas son tales en relación a un momento histórico y social determinado.

Al decir inesperadamente *contextualización* veinte miradas se dirigieron a las pantallas. Eutimio vio que ahora tenía dos oportunidades de completar una línea, puesto que al tacharse *contextualización* ya solo le faltaba *ontología* en la primera fila. *Ontología* y *proactivos*, cualquiera de esas dos le completaba línea. También había cambiado la situación de algún contrincante, que ahora pasó a aliarse con Eutimio para evitar que el candidato *paradigmase*. Así, cuando el moderador estaba atento a Eutimio en prevención de que no fuera a interrumpir de nuevo, intervino otro asistente desde un lugar más alejado.

—Con permiso del compañero quizá le podíamos pedir al candidato que, más que centrarnos en las personas que él ve como representantes ideales del comportamiento en la nueva sociedad, nos fijemos en el comportamiento en sí, en qué actitud debe tener una persona en estos tiempos, en cuanto a campos de interés, conocimiento técnico, propensión a la acción y otras similares.

¡*Proactivos!* A este le falta *proactivos*, pensó inmediatamente Eutimio. Si el político pronunciaba la palabra insinuada los dos jugadores tendrían *línea*, pero solo se llevaría el premio el que la cantase antes, por lo que podría perder todo. Había que evitar que el político contestase a esa intervención y a la vez decir algo que le obligara a pronunciar *ontología*, pero, por no tener claro el significado de esta palabra, no sabía qué decir. Además, el candidato ya estaba respondiendo:

—Bueno, yo creo que usted lo ha descrito muy bien. Tiene que ser una persona que empatice con los diversos estamentos de la sociedad y establezca relaciones de colaboración y cercanía con ellos, casi, si me permite la expresión, como un delincuente con aquellos que le ayudan.

El entrevistado estaba a punto de decir *cómplice*. Eutimio se fijó en que al menos dos personas estaban muy atentas por si cantaban *línea*. Los organizadores del concurso oculto de bingo les habían dicho que el gesto para

cantar línea era aplaudir: el primero que consiga *línea*, que aplauda. Si la consiguen dos, el premio será para el que antes empiece a aplaudir, eso les habían dicho. Y en ese momento había dos personas que tenían los ojos muy abiertos y los codos apoyados en la mesa, separados, con las manos a la altura de la barbilla, dispuestos a iniciar cada uno el aplauso antes que el otro. Cuando el político pasó a la siguiente característica que debía adornar a una persona ideal que fuera paradigma de la nueva sociedad, los de *cómplice* se relajaron pero, en cuanto escucharon lo que vino a continuación, los de *química* se pusieron en estado de alerta:

—Y al empatizar no sólo con los grupos sociales sino con las personas que los componen debe sentir de manera natural que recibe sus mensajes y tiene un objetivo común, casi debería valerle con una mirada o un gesto. Tiene algún parecido con lo que puede pasar en un laboratorio, donde un elemento reacciona de una manera determinada al contacto de otro.

El moderador intervino entonces. A los concursantes les habían dicho que el moderador no sabía que se estaba desarrollando una partida oculta de bingo, pero su intervención hizo sospechar a Eutimio:

—Quizá el candidato, al contestar, nos puede también comentar hasta qué punto las organizaciones que representan a la sociedad civil integran estas características en su manera de actuar. A fin de cuentas son estas organizaciones las que actúan como...motores del cambio.

¡El moderador quería que el político dijera *agentes*! El moderador estaba comprado, eso estaba claro, pero ¿por quién? Apenas se hizo esta pregunta Eutimio cuando vio que alguien de la primera fila se ponía en posición de aplaudir.

Continuó el político

—Ahora le contesto, pero si le parece vamos a seguir con las características paradigmáticas del nuevo tiempo —pareció esbozar una imperceptible sonrisa al decir *paradigmáticas*, mientras algún concursante al que le debía faltar *paradigma* se estremeció perceptiblemente- y una de ellas es la capacidad de

actuar y tomar acción antes de que la realidad la tome por uno mismo.

Eutimio no se lo creía: el político estaba avisando de que iba a decir *proactivos*.

—Tenemos que combinar la reflexión con la acción, pero considerando siempre que el peor pecado es el de omisión, el no actuar. Tenemos que ser...

Eutimio sabía que *proactivos* le completaba línea, pero, para llevarse el premio, tenía que aplaudir antes que su contrincante, el cual, además estaba evidentemente de acuerdo con el candidato. Tenía pocas probabilidades y su objetivo, como sea, era ganar el premio completo él solo al conseguir que se dijera *ontología*. Había que silenciar al candidato, lo que no era fácil.

Decidió desmayarse.

Eutimio se puso en pie e hizo ademán de bajar la escalera para dejarse caer sobre el asiento de delante, rodar al suelo y quedar con cabeza y brazos bajo otro asiento. Durante ese instante siguió pensando qué podría hacer para que el político pronunciase *ontología*, pero no se le ocurría nada; se ocupó solo de buscar una posición de caída complicada para armar barullo.

Todo sucedió entonces muy rápido: grito de la vecina y de alguno más, el moderador que se acerca corriendo, otro par de ayudantes que también vienen. Eutimio entrevió un fotógrafo acercarse y acercarse también al político, que metió la cabeza bajo el asiento acercándola a la suya. Se alejaron los demás para permitir la foto mientras el candidato acercaba su cara a la de Eutimio para preguntarle casi al oído cómo se encontraba.

Eutimio vio una oportunidad entonces. Empezó entonces a balbucear en voz muy baja, audible solo por el fotografiado. Dijo al político:

—*Ontología*. Pronuncia la palabra, que te pagaré bien.

El candidato le acarició entonces la cabeza, dio un paso atrás y dijo en voz alta:

—Tranquilo chico, te sacamos con cuidado. Parece que ha quedado un poco enganchado y está confuso. Vamos a ayudarlo entre todos. Despacito, porque se ha dado un golpe en la boca y puede tener un problema de *odontología*.

Mientras sacaban a Eutimio en camilla, el político dijo, mientras volvía al estrado frotándose las manos:

—Bueno, continuemos, ¿por dónde íbamos? ¡Vamos, vamos! ¡Seamos proactivos!

Al escuchar *proactivos*, un asistente empezó a aplaudir, sumándose todos los demás para homenajear al candidato.